
Hesper Eduardo Pérez

Proceso del bipartidismo colombiano y Frente Nacional

Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989

Este breve volumen recoge dos artículos escritos en épocas diferentes. El más antiguo es "El Frente Nacional: la estabilización autoritaria (1958-1962)", escrito en 1978, justamente cuando el Frente Nacional llegaba a su fin. "Proceso al bipartidismo colombiano", que ocupa la mayor parte

del libro, es un ensayo reciente, fechado en 1987. La distancia entre los dos trabajos, sin embargo, no impide una gran coherencia conceptual y analítica: los principios de explicación son en ambos casos similares, y el tema es bastante afin, pues los dos estudios se centran en el análisis de las experien-

cias de coalición que en opinión del autor han marcado la mayor parte de la historia política del país.

Quizás la afirmación más drástica del artículo sobre el Frente Nacional es la que lo define, más que como una coalición tradicional entre partidos, como

un sistema basado en la formación de un partido único, empeñado en modernizar el Estado. Esta modernización encontraría expresión en la profesionalización del ejército, el abandono del sectarismo, el afianzamiento de la planeación económica y la institucionalización del sindicalismo. En esta tarea modernizadora, el Frente Nacional expresa fundamentalmente el punto de vista y los intereses de la burguesía industrial, hegemónica en el país, al menos desde finales de la segunda guerra mundial. Las apretadas páginas sobre este tema, centradas en las principales líneas de acción del gobierno de Alberto Lleras Camargo, terminan con una somera indicación del carácter de "democracia restringida" del sistema frentenacionalista, con la exclusión de quienes no hacían parte del liberalismo o el conservatismo. Este aspecto, sin embargo, a pesar de que se destaca en el título del artículo, no se desarrolla, de modo que el trabajo deja cierta sensación de haber quedado inconcluso.

Más ambicioso e interesante es el estudio de las coaliciones bipartidistas a lo largo de la historia del país. Como lo muestra Pérez, al mismo tiempo que se constituyeron partidos "doctrinarios", aparentemente irreconciliables, se conformó un sistema o "estructura" complementaria de "coalición republicana". El gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera en 1845-49 es el ejemplo más temprano de esto; nuevas coaliciones estuvieron en el poder en 1855-57 y a partir de 1880, cuando Núñez encabezó el bipartidismo regenerador. En el siglo XX, la gran mayoría del tiempo el país ha estado gobernado por coaliciones: el autor muestra cómo en todo este siglo el país vivió bajo gabinetes de un solo partido apenas durante 27 años.

¿Cómo explicar simultáneamente la polarización partidista y la proclividad por los gobiernos coalicionistas?, algunos elementos de explicación son ofrecidos por Pérez. En primer lugar el carácter de los partidos políticos, compuestos por notables, en medio de una economía relativamente estancada, los convirtió en agentes de quienes buscaban su supervivencia en el control del Estado, convirtiendo el triunfo político en asunto de vida o muerte para algunos de sus activistas.

Al mismo tiempo la dificultad para hacer de la política una profesión logró de comerciantes y propietarios, que combinaban su actividad civil y el ejercicio político, elementos centrales de los partidos. Ahora bien, mientras algunos dirigentes afirmaron una política de "principios", los representantes de los grupos económicos tendieron a conformar, en ambos partidos, alas moderadas que detestaban los radicalismos y las agitaciones y buscaban ante todo la identificación de intereses "nacionales", generalmente ligados al desarrollo de la actividad económica, como puntos de acuerdo que podrían superar la confrontación partidista.

Además, el desarrollo del capitalismo, asumido como un proyecto de los grupos dominantes durante este siglo, consolidó la tendencia a las coaliciones políticas. En efecto, mientras rigió la sociedad agraria típica del siglo pasado, la función de los partidos de representar "dos modos de ser antagónicos de la sociedad colombiana" (p. 91) parece haber sido más importante que su función de desarrollo. Desafortunadamente la brevedad del texto impide al autor especificar cuáles fueron esos dos modos de ser antagónicos, pero probablemente piensa ante todo en la diferente visión de la religión que tienen conservadores y liberales. Por el contrario, el Estado asume con firmeza en el siglo XX la función de estimular el desarrollo capitalista del país. Dentro de esta función caben tanto los gobiernos típicamente coalicionistas (los de Rafael Reyes, Carlos E. Restrepo y Enrique Olaya Herrera), como los que trataron de establecer un sistema de gobierno y oposición, de los cuales el mejor ejemplo fue la primera administración de Alfonso López Pumarejo.

El desarrollo de estos planteamientos es por supuesto bastante rápido, lo que impide el análisis detallado de los gobiernos coalicionistas, de sus orígenes inmediatos o de sus consecuencias. La explicación de esta "estructura" coalicionista resulta un poco limitada en la medida en que es imposible discutir las condiciones en las que surgieron los gobiernos bipartidistas, hasta el punto de que no se mencionan elementos comunes, como el hecho de que usualmente siguieron a

guerras civiles o a gobiernos militares. Tampoco hay ningún intento por explicar por qué estos gobiernos, con pocas excepciones, fueron seguidos por regímenes decididamente partidistas y a veces excluyentes: ¿qué hizo fracasar los esfuerzos bipartidistas, si expresaban en forma tan clara un consenso elitista conformado por los principales actores económicos?

Por otra parte, hay algunas afirmaciones demasiado condensadas que resulta difícil compartir en su formulación actual. El autor parece atribuir al gobierno de Herrán casi toda la responsabilidad en el surgimiento del conflicto religioso; muchos historiadores pondrán esto en duda, así como la idea de que fue un gobierno orientado abiertamente por la Iglesia. Las frases en las que parece señalarse al sector radical del liberalismo como el principal agente anticlerical son al menos imprecisas, no hay que olvidar que fueron los enemigos del radicalismo, sobre todo Mosquera y Rojas Garrido, los que encarnaron un anticlericalismo menos marcado en los miembros del "olimpio radical". También es discutible definir al gobierno de López como expresión de la burguesía, al menos sin discutir los puntos de vista de Pécaut.

Pero éstas son quejas menores. No puede exigirse a artículos de este tipo los desarrollos y complejidades de investigaciones acabadas y extensas, ni la discusión de los puntos de vista de otros escritores que han tratado temas o periodos similares, como Dix, Pécaut, Leal y Tirado, que el autor prefiere dejar completamente de lado.

En todo caso, se trata de dos trabajos llenos de sugerencias importantes, que contribuyen con hipótesis y explicaciones atractivas al esfuerzo por definir en forma más adecuada los rasgos fundamentales de nuestro paradójico y contradictorio sistema político. Muy bien escritos —sólo hay que quejarse de dos o tres galicismos—, su edición cuidadosa resulta sorprendente para quienes nos habíamos acostumbrado a encontrar en los libros de la Universidad un bazar de erratas y descuidos.

Jorge Orlando Melo. Historiador. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.